


**RESEÑA
DE PASTORIZA, E. Y TORRE, J.C. (2019)
MAR DEL PLATA.
UN SUEÑO DE LOS ARGENTINOS.
EDITORIAL EDHASA**


**REVIEW OF PASTORIZA, E. Y TORRE, J. C. (2019).
MAR DEL PLATA.
EVERY ARGENTINIAN'S DREAM.
PUBLISHING HOUSE EDHASA.**

**REVISÃO DE PASTORIZA, E. Y TORRE, J. C. (2019).
MAR DEL PLATA.
UM SONHO DOS ARGENTINOS.
EDITORIAL EDHASA.**

Dr. Enrique Amadasi

Escuela de Estudios de Posgrado.
Facultad de Ciencias Económicas.
Universidad de Buenos Aires.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
Argentina.

 0000-0002-6854-1239

 enrique_amadasi@uca.edu.ar

**RESEÑA DE PASTORIZA, E. Y
TORRE, J.C. (2019)
MAR DEL PLATA. UN SUEÑO
DE LOS ARGENTINOS.
EDITORIAL EDHASA.**

Autor:

Dr. Enrique Amadasi.

Recibido

22 de mayo, 2020.

Aprobado

17 de junio, 2020.

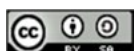
DOI

<https://doi.org/10.24215/27186717e005>

Ayana Revista de Investigación en Turismo
I Vol. 1 N° 1 | Diciembre 2020 - Mayo 2021
ISSN 2718- 6717

Entidad editora Instituto de Investigaciones en
Turismo, Facultad de Ciencias Económicas
(Universidad Nacional de La Plata)
La Plata | Buenos Aires | Argentina

<http://revistas.unlp.edu.ar/ayana>



Dos renombrados académicos de las ciencias sociales —ella, Elisa Pastoriza, desde la historia y él, Juan Carlos Torre, desde la sociología— han permitido alumbrar esta reciente obra de gran éxito editorial, la que podríamos catalogar como de imperdible para todos los interesados en la investigación turística, muy recomendable para todos aquellos que hacen del turismo su campo de interés principal y, por supuesto, para aquellos que todavía no tuvieron oportunidad de sumarse a los muchísimos lectores que vienen disfrutando de esta obra publicada a fines de 2019. Tratemos, con casi los mismos términos de la exquisita prosa de los autores, de reseñar sus alcances y contenidos.

¿De dónde salió esta idea de un lugar de veraneo junto al mar en Argentina? Ese momento clave que fue la inauguración del Bristol Hotel y, pocos días después, de la primera rambla en la playa en 1888 no nació de un repollo. Un precursor había sido el gran terrateniente Patricio Peralta Ramos, que inició un nuevo negocio: la conversión de tierras rurales en lotes urbanos. Así había nacido Mar del Plata en 1874 como pueblo de campaña. Y el otro fundador de la Mar del Plata turística fue Pedro Luro, que llegó allí cuando Peralta Ramos ya no estaba. Había nacido en el País Vasco francés, llegado sin nada y con el tiempo devino terrateniente de la zona de Dolores. Uno de sus sueños era hacer de Mar del Plata una Biarritz argentina, a semejanza del famoso balneario francés del País Vasco. Pero no solo una villa balnearia, también un puerto comercial para la exportación, proyecto después abortado cuando se autorizó la construcción de los nuevos puertos de La Plata y Buenos Aires.

Estas dos biografías fundadoras germinaron en procesos colectivos propicios. Uno es que aquellos a los que estaría destinado el futuro balneario —las familias de la elite porteña— ya solían pasar los meses de verano en las quintas de las afueras de Buenos Aires, siguiendo una costumbre de las comunidades de ingleses y alemanes ricos. Flores fue el lugar preferido con sus construcciones sencillas y todavía sin la opulencia que traería la riqueza de los próximos años. El nuevo ferrocarril a Flores en 1856 acompañaría ese proceso, seguido entre 1864 y 1870 por los nuevos servicios ferroviarios a los pueblos de Belgrano, San Isidro, San Fernando y El Tigre con igual impacto. Pero la nueva riqueza los alentó a imitar los patrones de distinción de las aristocracias europeas, en todo e incluyendo sus pasatiempos y sus espacios de ocio. Allí surgió la moda de tomar baños de mar en Montevideo y la playa de Pocitos fue su destino preferido. Pero para algo similar en la costa argentina faltaba que el ferrocarril se extendiera más allá de Dolores y en eso fue fundamental el apoyo entusiasta del gobernador Dardo Rocha, siempre muy interesado en atraer las simpatías de la elite porteña en su carrera política por suceder al Presidente Roca. Y entonces en 1886, un año y medio antes de la glamorosa inauguración del Bristol Hotel, el tren llegó a nuestra soñada Biarritz, que en su versión original era tan visitada por duques castellanos, lores ingleses y condes franceses, y polo de la vida social de las aristocracias europeas durante el verano, a partir de cuatro pilares: el gran hotel, el casino, las ramblas y el balneario.

En la construcción de nuestra primera villa balnearia, en comparación con Europa, los tiempos fueron vertiginosos y siempre estuvo claro que la fuerza que atraía al flujo creciente de familias viajeras era la expectativa de una vida social elegante y selecta. Todo se fue ordenando en torno a esa premisa. La elite porteña venía recientemente de estilos de vida bastante rústicos y con su nueva riqueza y prosperidad había afán en encontrar nuevos ámbitos donde difundir nuevos códigos refinados de gusto y decoro. En esa clave se inscribía la reciente creación del Jockey Club. La construcción del Gran Hotel-Casino posibilitaría esas prácticas. A su versión original de gran hall, salones de comedor y

de baile y 67 habitaciones se sucederían con rapidez sucesivas ampliaciones y transformaciones que impresionarían a sus visitantes. En ese proceso de construcciones un hito fue el año 1900, cuando uno de los salones se destinó a bailes y conciertos, y el otro, a un casino, con sus dos mesas de ruleta. Era el único casino autorizado en la provincia de Buenos Aires. Al principio, los escasos e importantes hoteles —con el Bristol Hotel como nave insignia— eran los hogares sustitutos de la alta sociedad porteña durante los veranos, siendo muy escasos los que tenían su vivienda propia. Pero pronto apareció el segundo fundamento de la construcción de la villa balnearia porque para esa misma acaudalada clase social tener una residencia allí se transformó en un deber mundano, con las más variadas arquitecturas, inspiradas en chalets franceses e ingleses y también en villas italianas. El tercer fundamento sería la construcción de las ramblas y los balnearios. En plural porque fueron varias versiones sucesivas, cada una más imponente, pero sobre el mismo lugar cercano al mencionado gran hotel. La deslumbrante Rambla Bristol, aunque se abrió en 1913, venía de orígenes más modestos donde se cruzaban dos necesidades recientes: por un lado, la de cambiarse de ropa con la reserva debida antes y después de tomar baños de mar y, por el otro, la de construir ámbitos donde los veraneantes pudieran contemplar el paisaje marino y hacer, también allí, vida social. En los primeros tiempos, esto segundo era mucho más importante que lo primero. Aún sobre la playa, los veraneantes de “pies secos” eran la postal vigente.

Como se fue mencionando, entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, la alta sociedad fue cambiando en su estilo de vida y Mar del Plata fue el escenario privilegiado para su ejercicio. ¿Cuáles fueron las premisas de ese ocio distinguido a orillas del Atlántico? Varias, pero la primera fue esa escuela mundana que representó el Bristol Hotel. Más allá de las instalaciones adecuadas y de los servicios de una calidad correspondiente —con eje en la iniciación en los usos del ocio distinguido—, en cuanto a la gestión del hotel era fundamental asegurar un ambiente selecto y exclusivo. ¿Contra quiénes? Contra los aventureros, una fauna conocida en los balnearios de Europa. La proliferación de las nuevas fortunas en nuestro medio potenciaba ese peligro y había que procurar que el Bristol no fuera una puerta de entrada para los advenedizos. Cumplido ese umbral, el programa era muy exigente y detallado: un horario para el baño, las comidas, los entretenimientos y siempre para cada actividad un atuendo elegante estándar. Estos rituales comenzaban con el viaje a la costa, un capítulo importante de las vacaciones de verano. En ese tren nocturno —para 300 en treinta vagones— empezaba la fiesta, incluida la partida, la cena, el arribo y el traslado al hotel, distante —una gran diferencia con Biarritz— a 25 cuabras. Es que los 1.250 pasajeros de la primera temporada eran ya 20 mil, 23 años después, en los años del Centenario. La tercera premisa de ese nuevo ocio distinguido fueron los paseos, diversiones, fiestas y bailes. Varios tenían experiencia de vida de balneario durante sus viajes por Europa. Y al igual que allí uno de sus entretenimientos icónicos en nuestra naciente villa balnearia fue el Tiro a la Paloma, pese a una reciente ley de protección de animales de 1891. Pero la tan celebrada actividad, donde el gusto por el juego y las apuestas potenciaron la mera actividad deportiva, consiguió su excepción legislativa. Ya de vuelta en el hotel, todo era excusa para ofrecer banquetes y organizar fiestas: los aniversarios, la visita de figuras políticas prestigiosas o diplomáticos extranjeros, el debut social de las jóvenes y los homenajes entre amigos. Pero el gran espectáculo era el baile del cotillón, esa danza-juego donde los participantes ejecutaban una gran variedad de figuras, al compás del vals, siguiendo las consignas de los conductores del cotillón. Todo exigía una cuidadosa preparación, con ensayos previos y acopio de adornos y souvenirs incluidos.

La cuarta premisa era el casino, de concurrencia estrictamente masculina y eje de conflictos entre los veraneantes,

divididos entre sus detractores y sus partidarios. Es que había una creciente preocupación por la rápida expansión del juego, en todas sus formas, de las cuales la más difundida eran los billetes de lotería. En ese marco, contemporáneamente a la apertura del casino se reformaba la Constitución de la provincia de Buenos Aires, prohibiendo los establecimientos públicos de juegos de azar. Pero esta vez no fue tan fácil conseguir una excepción, aunque se la consiguió a cambio de un porcentaje sobre las ganancias. Paralelamente, la generosidad de sus propietarios con la colonia veraniega y también con la población estable fue blindando al casino contra los recurrentes ataques a una actividad —la ruleta— que se había convertido en el gran atractivo de Mar del Plata. Cada nuevo ataque iba acompañado por un aumento en el costo del permiso para operar la ruleta, con nuevos fondos para las obras de infraestructura del balneario. La rueda de la fortuna fue acompañada esta vez en 1910 por el reciente Club Mar del Plata —flamante recinto exclusivo del alto mundo social—, que al inaugurar su sede ofreció a las mujeres un salón de juegos propio y permiso para el ingreso de los salones para varones. Esto abrió grietas en las filas de los abolicionistas y permitió canalizar la pronta pasión por el juego de las mujeres. La quinta premisa del nuevo ocio distinguido fue la vida en la playa, a partir del ya mencionado lento proceso de transformación de los veraneantes en bañistas. El cuidado del debido decoro fue un elemento central, como lo testimonia que, en un código donde todo giraba sobre la vida social, estuviera prohibido hacerla en trajes de baño en las arenas de la playa. Las primeras horas de las mañanas eran para el baño de los niños, siempre acompañados por sus niñeras y ocasionalmente por sus madres, todos apoyados en los bañeros, quienes los iniciaban en el disfrute del mar. En consonancia con el infaltable trajín nocturno en los salones de baile y las mesas del casino, el público elegante se hacía presente tarde en la mañana. No fue hasta los veinte y por influencia de la modista francesa Coco Chanel en la Riviera francesa que se perdió el temor al sol, tan vigente hasta entonces, donde el cutis blanco —nacarado se decía entonces— era una señal de distinción frente a la obligada piel bronceada de los trabajadores al aire libre. Sin duda, la sexta premisa del nuevo ocio fueron los romances del verano. Mar del Plata era también un lugar de privilegio en la agenda de los jóvenes en busca de romances y maridos. Para las niñas “en edad de merecer” la meta del matrimonio era insoslayable y allí el veraneo en Mar del Plata permitía más ocasiones para entrar en contacto con el sexo opuesto. Pero, siempre, dentro de una situación controlada. Esto era fundamental porque se estaba pasando de una larga historia mundial de matrimonios arreglados por los padres a otros más libremente concertados por los futuros cónyuges en aras del amor romántico. Los ya mencionados múltiples mecanismos para asegurar un ambiente selecto permitían que el mercado matrimonial quedara confinado al universo de “la gente conocida”.

El ocaso de la villa balnearia, con sus rasgos aquí presentados, coincidió con los mejores años de la prosperidad devenida a partir de una inserción internacional afortunada. Ello trajo múltiples oportunidades de progreso personal para casi todos, también para quienes iniciaron su camino de ascenso social, que intentaron y frecuentemente lograron copiar los patrones de vida de la alta sociedad, en la escala que cada uno pudiera. Mar del Plata estuvo presente en esa mirada y el veraneo en el mar se configuró como una atracción irresistible. Lograrlo era un aire de distinción ante parientes y relaciones. Así emergieron los nuevos veraneantes. Ante este aumento de la demanda se multiplicó la oferta hotelera, lo que facilitó la coexistencia de sectores sociales muy diversos y dando sus primeros pasos hacia un balneario convertido en un microcosmos de la sociedad. Pero de a poco estos nuevos veraneantes fueron reemplazando sus deseos de imitar los patrones del ocio distinguido y empezaron a construir sus propios patrones de sociabilidad

veraniega. Fuera del Bristol y los grandes hoteles había otros modos de disfrutar de Mar del Plata, donde el llamar la atención y el derroche tendrían cada vez menos peso.

Y entonces llegó el momento, para nuestros autores, de presentar un tercer actor del tránsito de la villa a la ciudad balnearia: el mundo de los habitantes locales, los marplatenses. Ellos dan cuenta de su creciente importancia desde su evolución demográfica: eran mil, cinco años de la llegada del primer tren y al compás del crecimiento de los veraneantes ya eran 28 mil en 1914. La mitad de ellos extranjeros, con mayoría de italianos, seguidos por los españoles. En 1906 un senador presentó un proyecto de ley para que el pueblo de Mar del Plata fuera declarado ciudad y fue aprobado en 1907. El primer núcleo de italianos fueron los pescadores, que al principio compartían la playa Bristol con los veraneantes porque allí pescaban, pero pronto fueron erradicados y se instalaron en las cercanías del Puerto. El proceso de construcción de la villa balnearia atrajo muchos trabajadores de la construcción, que adquirieron o mejoraron su oficio que además les iba a servir para mejorar sus propias viviendas mediante el autoconstrucción. Ellos y tantos otros inmigrantes aprovecharon con esfuerzo y ahorro las múltiples oportunidades de progreso personal vía el cuentapropismo primero y devenir, cuando se podía, también empresarios después. Otra trayectoria, pero igualmente exitosa, seguirían numerosos profesionales y pequeños propietarios de empresas de la construcción y del comercio que llegaron a la villa devenida ciudad para instalarse como prestadores de los servicios más variados, tanto a la creciente población local como a los turistas en la temporada de verano. Una fuerte articulación de su vida social, vía asociaciones ligadas a la experiencia inmigratoria, que pronto se expresaría en las instituciones políticas, era otra de sus características. Otra muy fuerte es que todos los marplatenses esperaban con impaciencia el comienzo de la temporada estival. Todos estos procesos sociales tan particulares llevaron a Mar del Plata a configurarse tempranamente como una comuna socialista. El partido creado en 1895 por Juan B. Justo tuvo su sección local en 1907; pero fue en el marco de la Ley Sáenz Peña cuando se constituyó en una fuerza política de envergadura: en 1920 tuvo su primer intendente socialista, ante el estupor de la clase veraneante, quienes sostenían que era una vergüenza que una ciudad aristocrática tuviera por intendente al hijo de ...un pescador. Este nuevo gobierno expresaría entonces los intereses de los residentes locales y no los de los veraneantes. ¿Y cuáles eran estos intereses locales?: la expansión del balneario, principal sostén del bienestar local, trabajando para que Mar del Plata no fuera solo una meta de los más ricos y afortunados, sino del resto de la población argentina. Fue la primera vez que el crecimiento de la afluencia de veraneantes se transformó en el objetivo de una política pública. Fue en ese marco que la oferta hotelera se fue diversificando y ya desde los veinte el peso de los veraneantes en hoteles más baratos superó al de los que se alojaban en los hoteles de más categoría.

La vida de balneario se fue transformando y la costumbre de ir a la playa con el traje de baño ya puesto era una de sus manifestaciones. Una época estaba finalizando y otra estaba comenzando. El ferrocarril comenzó a perder su posición dominante en los planes de viaje cuando en 1925 el Automóvil Club Argentino (ACA) organizaba la primera excursión a Mar del Plata. Eran 57 automóviles, que tardaron 12 horas en llegar a Dolores, donde hicieron noche. En 1930 ya había siete casillas de servicios para los automovilistas. Fue en los treinta que la red caminera se expandió en todo el país, financiada con impuestos sobre los combustibles, y en 1938, 13 años después de aquella primera excursión del ACA, se abrió el tramo pavimentado sobre la ruta 2 entre Dolores y Mar del Plata. Las estadísticas ilustran aquella novedad fundamental: los 20 mil automóviles arribados en 1936 fueron 80 mil tres años después. Una nueva

cultura, la del automóvil, había tenido en Mar del Plata uno de sus escenarios privilegiados. En paralelo y desde 1934 circularon las primeras líneas de ómnibus desde Buenos Aires y La Plata. Aquel proyecto tan exitoso de reunir al todo Buenos Aires selecto en un solo escenario estival que había permitido la emergencia y consolidación de la villa, y que tenía en el paseo de la Rambla Bristol su escenario y palco privilegiado, ya había llegado a su cenit y venía decayendo aceleradamente. Una Argentina democratizada ya también paseaba por esa misma Rambla Bristol. Y entonces había llegado el momento —tal como venía sucediendo en todos los balnearios del mundo— de poner distancia de la avalancha de los que persistían en buscar también su lugar de vacaciones junto al mar: migrar y recrear otro escenario. Los pioneros habían sido los socios del Mar del Plata Golf Club con sus nuevas instalaciones y espléndida mansión (1926) en las barrancas frente a Playa Grande. Ahora la distancia no era un escollo porque estaban los automóviles. Entonces la elite veraneante abandonó la zona de Playa Bristol y emprendió su éxodo a Playa Grande. Mientras tanto, en los treinta, a esa Mar del Plata ya distinta llegaban por automóvil, ómnibus o tren 340 mil veraneantes (1939-1940), el séxtuple que diez años antes.

Cuando aún faltan dos capítulos, nuestros autores señalan que los años treinta fueron un momento de inflexión en la trayectoria de Mar del Plata, mientras continuaba el aumento sin pausa del flujo de veraneantes por la ruta de la democratización del balneario. Y los procesos se encarnan en figuras como la de Manuel Fresco, gobernador de la provincia de Buenos Aires desde 1936. Su importante plan de obras públicas tuvo en Mar del Plata su realización más ostensible. Las principales fueron dos iniciativas. La primera fue la construcción en Playa Grande de un balneario-parque para acoger el ya mencionado éxodo de veraneantes a las playas del sur, inaugurado en 1938. Ocho edificios balnearios a ambos lados de una larga escalinata que descendía desde la avenida costanera hasta la playa, flanqueados por dos edificios más altos en sus extremos: el restaurante Normandie hacia el norte y la sede del Yacht Club hacia el sur. No faltaba nada para disfrutar e incluía una pileta de natación para mil bañistas. El proyecto incluyó el Parque San Martín y el hermoso paseo costero por el camino de Playa Grande al Torreón. La segunda iniciativa, aún más espectacular, fue neutralizar la Rambla Bristol y el proyecto encomendado a Alejandro Bustillo propuso levantar dos macizos edificios gemelos: el Casino y del otro lado de una plaza de cemento el Hotel Provincial. Este complejo incluía balnearios, una gran pileta de natación y una gran variedad de servicios. El edificio del Casino, con 65 mesas de ruleta, se abrió en 1939.

El del Hotel Provincial se demoraría hasta 1950. Aunque el proyecto original contemplaba la conservación de la Rambla Bristol, que frecuentemente estaba en reparaciones de mantenimiento, Bustillo propuso ganar esos espacios para su grandioso proyecto. Su hermano era entonces ministro de Obras Públicas de la provincia. Así, bajo la piqueta, cayó el símbolo material más expresivo de una época que ya había entrado en la historia. Y a esta nueva ciudad balnearia le llegó la hora del turismo social, que alcanzaría su fortaleza durante los años peronistas entre 1945 y 1955 cuando la recreación estival de los trabajadores ocupó un lugar importante en la agenda pública. Y nuestra ciudad fue el escenario de la obra de turismo social más monumental de los años peronistas: el proyecto de una ciudad balnearia autosuficiente, la construcción de la Colonia de Vacaciones de Chapadmalal, cuyas obras empezaron en 1945 y que en 1950 ya tenía nueve hoteles de 400/500 plazas cada uno. Situada a cierta distancia de la ciudad y con vida propia no alteró la vida del balneario con su variedad de opciones. En cambio, sí lo hizo alguno de los programas del entonces gobernador de la provincia, Domingo Mercante, que en 1949 inauguró el primero de sus “clubes de tu-

rismo social” en el ya mencionado restaurante Normandie, sobre la misma Playa Grande. Sus instalaciones acogieron festivales artísticos, funciones de cine y veladas danzantes para un público visiblemente menos selecto. La playa más exclusiva de Mar del Plata, la de la elite que había abandonado Playa Bristol ante la invasión de los sectores medios, se exponía ahora ante los enclaves del turismo proletario. Pese a lo que se cree, todavía no eran los años de los hoteles sindicales, como se mencionará más adelante, que hacían sus primeras experiencias en las sierras de Córdoba.

Pero entre las políticas públicas de Perón la que tuvo mayor impacto no fue la de promoción del turismo social sino la Ley de Propiedad Horizontal de 1948 y los créditos del Banco Hipotecario, de promoción del acceso a la vivienda propia. Hasta entonces solo se podía ser propietario de viviendas individuales o de casas colectivas (edificios de departamentos). La nueva ley permitió la subdivisión de la propiedad y ello alentó la construcción de edificios de departamentos y que permitía satisfacer la aspiración de ser propietario en Mar del Plata. En poco tiempo, el 70% del casco céntrico estaba en escombros. En los sitios abandonados por la anterior elite veraneante —ahora con residencia en el barrio Los Troncos— se construyeron miles de departamentos para ser ocupados por el amplio universo de las clases medias. Los negocios inmobiliarios se multiplicaron, primero con empresas de Buenos Aires y pronto de Mar del Plata, casi sin inversión —solo la compra del terreno y cavar los cimientos; el resto se financiaría con las cuotas de los futuros propietarios—. Este proceso desató una fiebre por la construcción que no presentaba frenos. El 20% de los departamentos estaba destinado a una clientela pudiente y con todos los servicios, pero el 80% restante eran de comodidades elementales en los entonces denominados “edificios colmenares”. Esto impactó en una crisis de la hotelería tradicional y desde 1950 muchos hoteles cerraron, especialmente los de más categoría. Es que habían cambiado los hábitos de los veraneantes, que ahora preferían pasar sus vacaciones en departamentos propios o alquilados. A los que cumplieron el sueño de ser propietarios en Mar del Plata, se sumaron los muchos que sin poder cumplirlo podían acceder temporariamente a esas mismas propiedades mediante el pago de un alquiler. Otra novedad de aquellos primeros años peronistas fue la democratización del casino desde 1950. Hasta entonces se exigía un carnet habilitante por parte de las autoridades del casino a partir de cierta solvencia económica y en forma discrecional. Ahora cualquiera podía acceder pagando el precio de una entrada. El casino ya había sido estatizado en 1946, basándose en que era necesario regular la explotación del juego y procurando que la mayor parte de sus ganancias se destinen a obras de asistencia social, de cultura y de mejoramiento de las zonas de turismo. La democratización del casino provocó un aumento sostenido de la concurrencia. Entonces no pocos jugadores demandaron un ambiente más selecto y para ello la Lotería de Beneficencia y Casinos alquiló al recién inaugurado Hotel Provincial un salón con condiciones más restrictivas: una entrada más cara y apuestas mínimas más altas.

¿Qué fue de “la Bristol”? Nuestros autores se preguntan qué es lo que permitía que personas con las más variadas posibilidades económicas pudiesen compartir el mismo mar bajo el mismo cielo. Su respuesta es que la clave para esa cómoda convivencia estaba en la extensión de las playas marplatenses —unos 25 kilómetros—. Año tras año se sumaban nuevas oleadas de veraneantes: a los 500 mil de comienzos de la década peronista se agregaron al final del periodo 600 mil más, su volumen era más del doble. El aporte principal no fueron los beneficiarios del turismo social sino el flujo sostenido de los estratos medios: en la temporada 1950-51 casi la mitad de los veraneantes llegaron en automóviles. Y en ese momento la Playa Bristol se convirtió en el epicentro de la nueva Mar del Plata, con su oferta turística en varios planos. El primero era el uso del espacio de la playa, con dos sectores bien diferenciados, uno de

libre acceso y el otro administrado por concesionarios. El otro plano de “la Bristol” era el amplio veredón con vista al mar diseñado por Bustillo frente a los edificios del Casino y el Hotel Provincial, la nueva Rambla, que volvió a ser el paseo ritual de los veraneantes. Ahora tenía dos atracciones, sus locales de negocios y los locales de “los barcitos”, donde se servía el codiciado copetín acompañado por una abundante y variada cantidad de platitos. A este tan irresistible escenario se sumaba la variedad de espectáculos para entretener a tan numerosos y variados veraneantes. El primero fue el cine, en su ciclo de mayor auge, con más funciones, más salas y de mayores dimensiones. Pero también los amantes de la alta cultura tuvieron en los salones del Hotel Provincial su espacio preferido, muchas veces antes o después de ir al casino. Por su lado, el ACA desde 1948 y hasta 1952 —cuando se inauguró el autódromo de Buenos Aires— organizó competencias automovilísticas de la máxima categoría, en un circuito semejante al de Montecarlo. Y el broche de oro fue, tal como se hacía en los balnearios de Europa, el festival internacional de cine desde 1954, el espectáculo con mayúscula de los años peronistas. Una nutrida delegación artística internacional visitó en sus momentos libres la Colonia de Vacaciones de Chapadmalal y fueron invitados a un tradicional asado con cuero en la estancia de Martínez de Hoz. Perón también participó del festival, hizo sociales con los visitantes, bailó el tango en las fiestas del flamante Hotel Provincial y jugó a la ruleta. Fue entonces que lanzó la campaña electoral para las próximas elecciones legislativas con un gran acto político donde pronunció un discurso donde señalaba que había visitado Mar del Plata hacía diez años siendo un lugar de privilegio para los pudientes; en cambio, en ese momento era un lugar de descanso para todo el pueblo argentino y donde el noventa por ciento de los veraneantes eran obreros y empleados. Nuestros autores, en línea con toda la evidencia empírica utilizada en la obra, no dudan en considerarlo una exageración política sobre la apertura social del balneario y que faltarían años y más iniciativas públicas para lograrla. Lo que entonces distinguía a la Argentina de otros países de América Latina era su amplio y pujante universo de clases medias. Y eso es lo que había transformado Mar del Plata en bastante más que diez años.

Es que todavía no era un balneario de masas. La década de 1960 marcó el apogeo de Mar del Plata. La industria del veraneo experimentó un notable incremento transformando a Mar del Plata en el balneario de masas de los argentinos. Sin embargo, su principal acceso —la ruta 2— seguía siendo una angosta franja de asfalto de dos manos de 400 km, casi la misma que había sido completada en 1938 para un tránsito totalmente distinto. Los frecuentes accidentes y el congestionamiento del tránsito hicieron evidente la necesidad de una moderna autopista con dos manos amplias y debidamente separadas. Sucesivos problemas de financiamiento postergarían esas obras hasta la década del noventa. Los sesenta también fueron los años del regreso de los socialistas al gobierno del municipio, primero con elecciones con el peronismo proscrito. En efecto, en 1958 el mismo intendente socialista entre 1920 y 1929 fue electo para un tercer mandato. Aun cuando los peronistas fueron habilitados, en 1973, los socialistas volvieron a vencer, con gran arraigo social. El mencionado crecimiento del turismo y de los veraneantes tuvo una expresión demográfica: durante los sesenta, Mar del Plata fue una de las ciudades de mayor crecimiento. También el anterior periodo intercensal —1947/1960— había tenido un crecimiento notable, del 83%, de la mano de una nueva oleada de inmigración europea —especialmente de italianos después de la Segunda Guerra Mundial—. Durante los sesenta —1960/1970— el crecimiento fue, aunque menor, igualmente importante, del 45%. Pero esta vez de la mano de las nuevas migraciones, las internas. Es que el incremento de la actividad económica durante los veranos atrajo legiones de trabajadores “golondrinas” de todas partes del país y muchos de ellos hicieron de los barrios de la periferia de Mar

del Plata su lugar de residencia definitiva. A su vez el propio crecimiento de la población multiplicó las oportunidades para poner un negocio, a la escala que fuera, y así llegaron y se afincaron comerciantes, profesionales y cuentapropistas en busca de un porcentaje en el apogeo del balneario. Durante los sesenta continuó la euforia inmobiliaria de la década anterior, esta vez estimulada por la creciente inflación, que hizo de la compra de inmuebles una alternativa de protección de los ahorros. En este escenario emergió la multiplicación de hoteles sindicales. Algunos grandes hoteles fueron comprados por sindicatos importantes como los metalúrgicos y los textiles. Y esto cambió el paisaje humano del veraneo marplatense. Ya no estaba el peronismo en el poder pero la Ley de Obras Sociales de 1970 permitió financiar la provisión por parte de las organizaciones gremiales de prestaciones en el campo de la salud y la recreación a sus afiliados. La secuencia es muy clara: en 1948 (comienzos del peronismo) había tres hoteles sindicales, cinco en 1956 (finalización del gobierno peronista), ocho en 1967 y ¡62! en 1973.

La oferta y disfrute de las opciones en materia de diversiones seguía enriqueciéndose. Además de los cines ya mencionados se sumaron los teatros, en épocas donde la televisión llevaba a los hogares las telenovelas con los artistas más populares. El veraneo en Mar del Plata iba a permitir el contacto con “las estrellas” en vivo y en directo e ir al teatro se transformó en un programa irrenunciable. En la vida nocturna las boites —los boliches— de la Avenida Constitución ocuparon un lugar privilegiado. El casino con sus salas de juego siguió siendo un atractivo de masas: 20 mil asistentes en una sola jornada. Todo sugería que disfrutar del descanso no era el componente principal de veranear en Mar del Plata, sino el disfrutar de todo lo que se pudiera. Por supuesto, también en los balnearios, cada vez en mayor diversidad de playas, cada uno con su propio nivel social y sus costumbres. Por su masividad sobresalía “la Bristol” ahora transformada en un “hormiguero humano”, especialmente entre quienes no alquilaban servicios de sombra y arribaban a la playa bien temprano para asegurarse “un lugar”, bien provistos de bolsos con alimentación y también sombrillas. En el otro extremo, Playa Grande era el icono de otras costumbres. Sus distintas condiciones geográficas y mejores olas permitieron nuevas actividades, como “la barrenada” y más tarde a los surfistas, un espectáculo novedoso. También Playa Grande se estratificó, entre un sector sur donde estaban los balnearios de los clubes más exclusivos —“los bienudos” — y los balnearios hacia el norte —“los mersas” —. Algo tan simbólico con el buen y el mal gusto se asoció a unos y otros, y de ello dio cuenta la revista de humor Tía Vicenta, muy difundida en la época.

Esta tan buena como hermosa obra está llegando a su fin y, como varios de los grandes compositores, también incluyen un réquiem, no para Mar del Plata, sino para el balneario de todos. Porque ya hubo indicios de que se estaba empezando a perder ese rasgo tan distintivo, a partir de dos sectores que ya no veraneaban como antes en sus playas: los jóvenes de las clases medias y las familias de la alta burguesía. Respecto de los primeros, como en todo el mundo, se estaba recortando el perfil de un nuevo estrato: la juventud, acompañada por la expansión de una sociabilidad de nuevo tipo entre los jóvenes, desarrollada por fuera del territorio de las familias y en medio de un país que marchaba hacia la liberalización de las costumbres. Este movimiento encontró un escenario mejor a cien km de distancia, en Villa Gesell, donde otro proyecto turístico estaba en vías de consolidación. La otra deserción importante ya mencionada fue la de los sectores más acaudalados. Al principio se interpretó que era una reacción contra “la explotación al turista” —deficiente cumplimiento de contratos, servicios ineficientes, altos precios— pero nuestros autores señalan que todo eso soslayaba la causa principal del creciente éxodo hacia Punta del Este: Mar del Plata ya no ofrecía una vida de balneario al abrigo de multitudes, cuál era su aspiración, y la península uruguaya prometía un veraneo al estilo de

la postal de los balnearios de moda en la francesa Costa Azul. Había nuevas riquezas surgidas en el marco de una modernización económica, tanto de grandes empresarios como de profesionales exitosos, y el veraneo en Punta del Este, más caro, les certificaba su nuevo estatus. Nuestros autores se despiden recordando que no quisieron escribir una historia de Mar del Plata sino reconstruir la trayectoria del gran balneario como una metáfora de la dinámica de la sociedad argentina a lo largo del tiempo. Se trató de un experimento social de acoger en un espacio físico común —un mismo mar y un mismo cielo— y a la vez internamente diferenciado los planes de veraneo de los más diversos sectores sociales. Los progresivos contrastes sociales y culturales de la sociedad argentina cada vez más intensos y visibles hicieron cada vez más inviable la Mar del Plata como balneario de todos, aunque continuó siendo el balneario argentino de masas. Con todas sus marcas de un país cada vez más desigual, atesora en su memoria el eco de tantos momentos felices. Es que Mar del Plata fue, durante el siglo XX, un sueño de los argentinos.